

"No hay incendio como la pasión: no hay ningún mal como el odio". Buda

Jerusalén. La eternidad de la tradición

Dicen los entendidos en Historia que su nombre significa Casa de la Paz, algo que no solo en este tiempo entra de lleno en la paradoja. Jerusalén es ciudad vieja y acumula cantidad de recuerdos que la hacen como es: difícil en su comprensión y única en su género. Tuvo reyes que apenas recuerda por lejanos, venidos siempre de alguna parte, colonos y ocupadores, que hicieron de esta Casa de la Paz un bonito escenario para la guerra. Y es que, aunque su nombre no evoque mujer alguna, algo de femenino debe haber en su esencia, de hembra recia, deseada y complaciente, pues de otro modo no se explica el afán por poseerla de reyes de pueblos tan dispares como el hebreo, el babilónico, el persa, el macedonio, el romano romano, el romano bizantino, el árabe, el cristiano europeo, el otomano y algún otro que omito, en parte por desconocimiento y en parte por no aburrir. Tiene también algo de testaruda porque ya la puedes tirar griega, romana, europea o árabemente panza arriba, que tiende a caer hebraicamente panza abajo. Todos intentaron poner en ella algo que perdurara, algo que el siguiente se empeñó en destruir, pero que, sin duda, quedó en su espíritu: es la ciudad santa, la más entre las de este mundo.

Pero ni la santidad libra al enclave de su naturaleza. Aunque algunos piensen que un dios la concibió dentro del sueño de un hombre, como a todas las demás, fue este quien la parió. Sí, fueron hombres quienes la hicieron,

ingenua al principio pero hacendosa cuando creció, y ella hizo lo que otras ciudades: forjar tipos humanos. Solo que Jerusalén nunca tiene tiempo de terminar sus obras, siempre sucede algo que interrumpe su quehacer en ese evolucionar lo humano: cuando no es una invasión de Oriente, es de Occidente; si no vienen en guerra santa, se van en una diáspora. Tanto trasiego distrae mucho a la ciudad, y la hace enfocar su labor a lo único que esencialmente comparten sus eventuales habitantes: el ingrediente divino con que fue soñada y conquistada.

Es algo que puede verse en sus calles, religiosidad llevada a su máxima expresión. Y no solo en calles, también en edificios, tiendas, banderas, turistas..., religión proclamada, religión subyugada, religión acotada y religión para turistas; religiones encontradas. La ciudad parece en tensión. Quizás no le hubiera venido mal alguna otra invasión desde un Oriente más lejano, donde los dioses inciden más en la meditación que en la imposición. Pero entonces no sería Jerusalén, y todos la hubiéramos perdido.

No obstante, todo crece y esta ciudad también lo hace, arrastrada por el momento que toca vivir, donde ya no la invaden sino los pueblos que la habitan, sino que son nuevas corrientes culturales las que amenazan cambios. Ella se resiste a medias y coquetea fabricando nuevos tipos humanos, facsímiles de sitios lejanos, más banales, menos crípticos, más superficiales y menos trascendentales que los que acostumbraba. Y según qué zonas, paseando por algunas de sus calles, te cuesta pensar que cerca, en otro tiempo, Salomón casi parte por la mitad a un crío todavía mamón.

En una de estas avenidas, se encuentra ella. Ya no es joven, aunque tampoco acumula demasiados años en su procelosa vida. Como bastante gente que aquí vive, quizás ya no la mayoría aunque fue así hace algún tiempo, no nació en esta disputada tierra. Viene del norte, del norte muy norte, donde la noche dura un invierno y el sol en verano casi no calienta por más que lo intente muchas horas seguidas. Nació judía y sueca, o mejor dicho nació judía en Suecia, al menos eso le dijo siempre su padre, un rabino muy judío y nada sueco que nació en Austria cuando no era prudente hacerlo allí. A él le tocó la lotería en su infancia: su familia compró un boleto premiado el día que sacó el billete hacia el frío más frío huyendo de un frío que se pondría demasiado caliente. En aquel momento Ezequiel Weisz tenía solo dos años y no pudo comprender lo que significaba su mudanza, a cuenta de la cual pescó una terrible pulmonía que casi acabó con su incipiente vida. Mucho después consideró aquella enfermedad como una ínfima tasa por librarlo del sufrimiento que padecieron aquellos que, desoyendo a su padre, quedaron en tierras austriacas, trasladados a posterior a campamentos de muerte en países más cercanos, donde el frío, a más de ser gélido, fue desatadamente infernal. Tal vez el drama al que escapó lo hizo acercarse aún más a su dios, agradeciendo más el hecho de salvarle a él que el haber dejado a tanto inocente al paio de vientos tan furiosos. O quizás intervino la sacrosanta línea hereditaria que lo marcaba por parte materna –el padre de su madre había sido rabino en Innsbruck–, lo cierto es que dedicó su vida a la teología, y su afán a conducir almas por el camino que las santas escrituras –las suyas, por supuesto– proclaman. Por eso Sima, que este es el

nombre de la mujer que espera el autobús, nació y creció en una atmósfera de extrema religiosidad, que no se le hizo del todo asfixiante por venir al mundo carente de los frutos exigidos para completar cotas más altas en el estudio religioso. Aun así, no estuvo exenta de los cuidados de su progenitor en ese sentido, y podría decirse que, de entre las de su sexo, fue la más instruida, la más aventajada y a la que más se le impuso. Solo tuvo suerte cuando, once años después de su nacimiento, su madre alumbró a un varón que se convertiría en sumidero ideal para esa religiosidad que manaba incesante de la fuente paterna. A partir de entonces algún día tuvo de infancia tardía pero bien aprovechada.

Pero no deben suponer que Sima guardaba algo parecido al rencor en su diminuta alma, porque para ella, en la ignorancia del que no puede comparar por no tener con quién, su vida hasta entonces no había sido en absoluto mala, solo a ratos aburrida. Además el dios de su padre le tenía guardada una sorpresa, porque en su casa pudo conocer a aquel que protagonizaría sus sueños durante muchos años. Aún lo hace ahora, si es capaz de cerrar los ojos entre autobús y autobús que no es el suyo; se llamaba Mijael, y a diferencia de ella era sueco y judío.

Lo vio por primera vez en la oficina de su padre, o la casa de su dios, que venía a ser lo mismo, la sinagoga. Ella tenía catorce por entonces, él dieciséis. Estaba sentada fuera del despacho, en un banco donde la gente solía guardar turno para consultar al rabino. Se encontraba ya hastiada de esperar a su padre para ir a casa. El rabino Weisz apuraba su tiempo con las últimas personas que habían solicitado su consejo. De repente, la puerta se abrió y ella saltó de su

asiento dirigiéndose hacia su umbral con tanto ímpetu que no pudo evitar tropezar con el muchacho que precedía a sus padres. Al principio, de él sólo vio sus pies, enclaustrados en unos sobrios zapatos negros de piel, luego su pantalón, un también sobrio tejido marrón, más tarde su chaleco, marrón igualmente, pero más claro, con unas finas rayitas blancas, y al llegar a su cara quedó quieta en aquellos ojos azules que desaparecían a intervalos entre grandes pestañas. Él se quedó tan sorprendido como ella y ambos mantuvieron sus miradas un momento, que no pudo ser más largo por la intromisión de sus padres -los de él, el de ella-, que parecieron recelar de aquel mudo gesto de lo más bello.

La mayor parte del tiempo que siguió a este encuentro lo pasó Sima ideando formas para primero saber de él y más tarde para encontrárselo. Aprestando su oído a charlas ajenas, haciendo preguntas indirectas y curioseando papeles vetados por su padre, pudo conocer su nombre y el apellido de su familia, su dirección y que su padre se dedicaba al negocio importación de fruta. Aprendió a deducir sus idas y venidas para saber cómo encontrárselo fortuitamente a conciencia. Siempre que lo hacía le dedicaba una discreta sonrisa, y a base de juntarlas, un día se atrevió a darle los buenos días.

Dos años tuvieron que transcurrir para que sostuvieran algo parecido a una conversación. Se encontraban en plena adolescencia y en sus caras asomaba el rubor con cada observación que alguno hacía, desafiando así el rigor que imponía el invierno. No tengo más que decir que no se deduzca, que Sima

estaba enamorada, solo que él también lo estaba. Ambos soñaban con el otro, y luego ninguno se atrevía a contarlo.

Pero los niños crecen, crece su carne y todo lo que ella encierra, y es difícil que un globo no explote si no se le deja de insuflar aire, y hasta un cartujo puede gritar si hay dolor suficiente. Y un buen día hubo palabras mayores. Y uno siguiente una mano tocó la otra. Y más tarde unos labios rozaron suavemente una boca... Y probablemente después hubieran seguido juntando partes de sus cuerpos, venciendo su recato, la educación recibida, los siglos de tradición que pendían de sus cabezas, pues su pasión llegó a ser grande. Tanto que pudo traslucirse en sus miradas y gestos, en la lentitud de su razón, ocupada en pensar en el otro... y el rabino conocía a las personas, sobre todo percibía la inminencia del pecado, el carnal y el social, y en consecuencia sometió a su hija a un estricto confinamiento.

La reacción de su amado fue desesperada. Convenció al importador de fruta para que pidiese a Sima al rabino. Le costó convencerlo, pues el rabino era persona sabia, docta en teología y respetada, pero de escaso interés pecuniario y, aunque Dios es Dios, en su mundo se paga con dinero. Pero amaba tanto a su hijo, que accedió a hacerlo, cosa que lamentó más tarde, cuando el rabino le dio nones.

La decisión del padre de Sima estuvo fundada en su cocimiento sobre el frutero, que así lo llamaba. Su trato con él lo había convencido de que, efectivamente, era una persona bastante más material que espiritual. En el pasado habían tenido varios encuentros debidos a partidas de fruta picadas con

la mosca. “No es *kosher*”, decía el rabino, pero el frutero se empeñaba en hacerle ver lo contrario. El rabino Weisz sostuvo en aquellas disputas algo que a su juicio cualquier judío razonable habría podido observar, que los insectos no venían del exterior a posarse sobre la fruta, como pretendía el comerciante, sino que procedían directamente de ella. Además, cuando él decía que no era *kosher*, no era *kosher*, y detestaba que alguien siquiera levantara la cabeza ante su afirmación. Sima era su tesoro, fue el único durante muchos años, y no iba a dejar que se desposara con cualquiera. De hecho ya había oteado el futuro en busca de pretendientes adecuados y había un par que colmaban su deseo.

Uno era su predilecto. Un rabino de Varsovia, exiliado en su día y que había retornado a la ciudad. Solo tenía una pega: su edad, cincuenta y ocho años, y en un acto de amor a su hija prefirió decantarse por alguien más joven.

El otro, Soren Vilkhovitz, tenía cuarenta y un años, compatibilizaba la enseñanza de Física en la Universidad de Aarhus con la de Teología en la Casa de Estudio, habiendo adquirido un equilibrio entre ambas disciplinas que admiraba: era un gran hombre y una inmejorable elección. Había sido amigo de su padre, un rabino de Viena, y lo había conocido de pequeño. Sabía que había quedado viudo y empezó unos contactos que dieron fruto. La boda se habría de celebrar treinta y dos días después del próximo *Iom Kipur* y antes él vendría a conocer a su futura esposa. Con todo decidido por el padre de Sima, el desdichado Mijael resolvió alejarse de su pena y embarcar ultramar sin rumbo fijo. Ni siquiera pudo despedirse de ella.

El destino ideado por el rabino para su hija le trajo a ésta dos consecuencias dispares: una vida desgraciada y un amor eterno. No consumir carnalmente su pasión le hizo idealizar al joven repudiado hasta límites casi divinos, lo cual, de haber conocido esta aberrante circunstancia, habría irritado profundamente a su padre y aun culparse de su causa. Por fortuna o desgracia, jamás tuvo la menor idea de lo que pasaba por la mente de su hija, ya que esta se encontraba siempre lejos, primero en Dinamarca, y luego, más lejos aún, en Israel.

Sima nunca pudo escaparse de Mijael. Primero fue causa de su llanto, luego de su desesperación y al final quedó como recuerdo imborrable al que se abandonaba a la menor ocasión. Lo está haciendo cuando sus oídos le avisan de que está llegando su autobús.

Aunque de alguna forma Mijael nunca se le había separado, jamás volvió a saber más de él. Soren, que no pudo obviar la razón por la que su esposa estaba inmersa en una sempiterna ausencia, se encargó de sofocar sus intentos de buscar indicios de él. No fue un marido malo en el sentido tradicional del concepto: Sima tuvo una vida cómoda, aunque no la que ella hubiera querido, la que soñaba al lado de su amor, ya por siempre platónico. Sí, a veces soñaba que lo volvía a ver y que compartían su amor de forma única, muy distinta a como lo hiciera con Soren, a como lo había hecho siempre, pues fue Soren el único hombre que había conocido, y además ya no estaba. Murió hace cosa de cuatro meses. Algo repentino, un infarto cerebral. No sufrió, ella tampoco.

Tras la muerte de su impuesto marido decidió que ya había vivido la vida que le diseñaron y que ahora tenía una existencia sobrante de la que solo ella

dispondría... pero era ya tarde: ¿dónde estaría él? Hacía tiempo había leído una novela, en la cual un par de enamorados retuvieron tanto su pasión que cuando al fin la consumaron sufrieron una combustión espontánea. ¿Le ocurriría eso a ellos si se encontraran y fundieran su carne? Le gustaba pensar que sí, aunque al rato prefería que el supuesto encuentro durara algo más, que se eternizara; quizás una llama eterna, eso estaría bien. En su ignorancia, desconocía que las ganas de olvido de Mijael lo llevaron a Estados Unidos, donde alzó una meritoria carrera periodística sobre los escombros de sus creencias religiosas, que abandonó por completo por culparlas de su desamor. Que se casó y que se divorció. Lo primero lo hizo buscando el remedio a la constante evocación de aquella adolescente que le fue negada, y lo segundo por no haber podido conseguir este empeño. Su mente siempre fue de ella, al igual que la de ella fue siempre de él. Y siendo hombre de fuga fácil, pidió una corresponsalía que lo alejara de aquel país donde no pudo derribar y construir, continuando así la huida que comenzó tantos años atrás.

Si creyéramos en que hados incorpóreos -llámense Dios o Destino- rigen nuestras acciones, podríamos decir que estos susurraron al oído el nombre de la ciudad a la que pidió ser trasladado. Una ciudad que llama desde la lejanía, a través de genes que ambos comparten. La ciudad de sus antepasados más pretéritos. La ciudad en la que ella espera el autobús pensando en él, sin saber que al entrar por su puerta va a estar más cerca de su cuerpo de lo que haya podido estar en décadas.

Ella sube las escaleras y se dirige por el pasillo a la parte posterior del autobús donde encuentra un sitio libre al lado de un hombre de mediana edad. Se sienta y baja los ojos: piensa en él, nuevamente. El hombre sentado a su lado apenas se ha fijado en ella, también tenía la mirada gacha, pero ahora mira las manos de la persona que se acaba de sentar a su lado. Manos de mujer, no trabajadas, blancas y europeas, del norte, como las que una vez tuvo entre las suyas mientras besaba una cara que no podía olvidar. Mira la cara de esas manos y sufre un pequeño desconcierto: se le parece. Ella, al sentirse observada, lo busca de soslayo, y descubre algo, no sabe aún qué, que la fuerza a mirar al que la mira, ya sin el menor recato. Ambos se escrutan en silencio, y empiezan un ejercicio mental en el cual intentan restañar arrugas, elevar pómulos, poner y quitar pelo..., deshacer el tiempo del rostro contemplado. Ha pasado tanto tiempo que las caras que miran no son las que recuerdan, las que poseen y los poseen, y solo pueden descubrirse al enfrentar sus miradas.

Quieren imaginarse cómo sigue la historia, y seguro acertarían el principio de lo que desde ese momento ocurriría –el final de las historias de amor confinado, por triste o por vulgar, debería estar siempre vedado– si este relato solo implicara a dos personas. Pero desafortunadamente para las elucubraciones que pudieran hacerse, todavía tiene que aparecer una tercera. Una variedad humana creada por esta ciudad y su entorno hace relativamente poco tiempo. Y es que esta urbe no estuvo nunca acostumbrada a repartirse, prefiere el reemplazo a la mixtura y últimamente ha tenido que conformarse con la separación: “Ya que debe convivir en mí necesariamente el grano y la

paja, al menos compartimentadme”, grita en el corazón de unos y otros, sus pobladores. El nombre del último viajero es en estos momentos desconocido, aunque será gritado en multitud dentro de poco. Su oficio: la desesperación, no solo la espiritual, también la material. Su acto: horrible para la mayoría, heroico para algunos y salvador solo para unos cuantos, los que constituyen su familia. Subió al autobús para ir a un lugar que no figura entre las paradas de la línea, y de paso llevar a los demás a otro bien distinto. Eso cree él. Entró en el autocar con dos kilos de más -había hecho dieta a base de explosivo y clavos-, pero pronto los perderá para no recuperarlos jamás.

Sima y Mijael al fin se reconocen. Como ella había sentido, el reencuentro de sus pasiones confinadas produce una tremenda combustión, a la que ayuda necesariamente el dedo de un hombre accionando un detonador. Y sí, sus cuerpos se fundirán, pero en una manera inesperada, cuando voluntarios de la ZAKA, atípicamente, confundan trozos de sus cuerpos y los intercambien, dándoles de ese modo la unión perpetua que sus padres siempre les negaron. Al final los casará en muerte aquella tradición que los hizo prisioneros en vida.